

A cambio de mi alma

Robe Ferrer

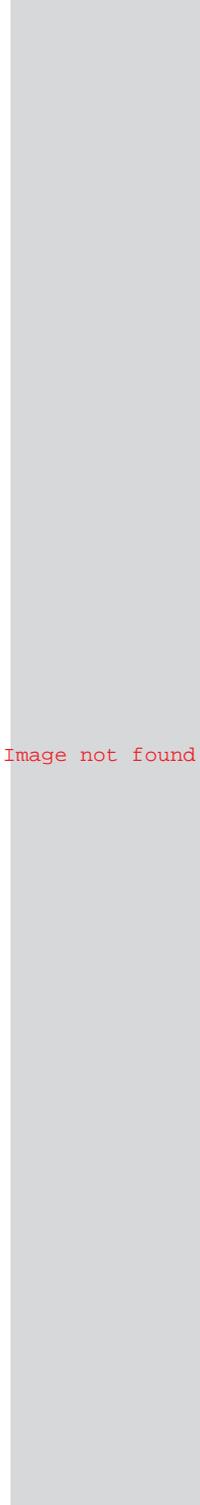


Image not found.

Capítulo 1

Eloy y su madre Nuria llegaron a aquel lugar. Allí los estaba esperando su abuelo. El viaje había sido más corto de lo que él esperaba; su madre le decía todos los días que no podían ir a verlo porque vivía muy lejos. Hacía mucho tiempo que no se veían y tenía unas ganas enormes de abrazarlo y contarle todo lo que había pasado desde su partida.

—¡Abuelo! —gritó Eloy en cuanto lo vio. El niño se soltó de la mano de su madre y echó a correr hacia el anciano.

—¡Cuánto has crecido! —comentó el hombre cogiendo a Eloy en volandas. Él, sin embargo, estaba igual que cuando se fue—. ¡Y cómo pesas ya! Parece que tengas quince años en lugar de seis.

—Papá —saludó Nuria con lágrimas en los ojos, fundiéndose en un profundo abrazo con su padre y su hijo. El hombre también rompió en llanto al sentir el contacto de las dos personas que más había querido nunca.

—Abuelo, abuelo. Ya voy al colegio y en la obra de Navidad voy a hacer de pastorcillo. Y juego todos los días al fútbol en el recreo y el otro día metí un golazo; de cabeza. Y...

—Ya, Eloy, deja al abuelo tranquilo. Vamos a tener mucho tiempo para contarle todo lo que nos ha pasado —ordenó su madre.

El hombre dejó al niño en el suelo con delicadeza. Después le alborotó el pelo y le puso la mano sobre el hombro. Soltó a su hija y le limpió las lágrimas que aún corrían por sus mejillas.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —quiso saber el anciano.

—En coche.

—En el coche nuevo de mamá —intervino Eloy mirando hacia su abuelo.

—Papá... Ha pasado tanto tiempo... Y te he echado tanto de menos.

—Nuria comenzó a llorar nuevamente.

—Mamá, ¿por qué lloras?

—No te preocupes, Eloy. Mamá está muy emocionada por volver a vernos.

—Abuelo.

—Dime, cariño.

—¿Aquí siempre hace tanto frío y hay tanta luz? —quiso saber el niño.

La luz que los iluminaba era tan clara como la que daban las bombillas de la cocina. Eloy sentía mucho frío, como cuando salía de su casa sin cazadora en invierno. El problema era que allí no tenía su cazadora. Solo llevaba su chándal de Bob Esponja y, con aquel frío, era insuficiente.

—No te preocupes, es solo al principio. Luego te acostumbras. Yo, por ejemplo, solo llevo este jersey.

Entonces a Nuria se le comenzó a nublar la vista y sintió como si el estómago se le hubiera puesto bocabajo. La mujer se llevó una mano al pecho y otra a la frente.

—No sé lo qué me pasa —le dijo a su padre—. Veo borroso y siento que me mareo.

—No te preocupes. Es normal. Pero date prisa y dale un beso al niño.

—¿Por qué tengo que darme prisa?

—Porque los médicos te están reanimando.

—No, no, no... No quiero irme sin mi hijo —gimoteó la mujer.

Eloy se acercó a ella y le acarició la mejilla. Después le puso una mano en el vientre y la besó.

—Mamá, vuelve. Tienes que cuidar a papá y mi hermanito. Yo te esperaré aquí.

—¿Hermanito? ¿Qué hermanito?

—Adiós, mamá.

—Carga a trescientos. ¡Fuera! —gritó el médico antes de darle una nueva descarga al cuerpo inerte de la mujer.

—¡Tiene pulso! —anunció la enfermera.

—¡Eloy, Eloy! —chilló Nuria.

—¿Y el niño? —preguntó la asistente que había anunciado que la mujer tenía pulso. El médico negó con un movimiento de cabeza.

—No hemos podido hacer nada por él —comunicó—. El accidente ha sido terrible.

Nuria se puso las manos sobre el vientre y miró hacia lo que hubiera más allá del techo.

—Papá, cuida de Eloy hasta que llegue mi hora.